
Los sistemas políticos y su crisis.

Parte I: La desilusión de los sistemas

Víctor Flores Olea

En estos tiempos de crisis (¿de qué otra manera llamarlos?), simultáneamente a la oscilación de los valores y los sentimientos, ocurren una variedad de fenómenos de la vida social. Rupturas en las cuales se anuncia también un sentimiento de renovación, de liquidación de las inercias previas, de ruptura de las cadenas irrecusables. De esa niebla se perfilan nuevos contornos, otra luz. No estamos frente a la muerte, sino ante la vida; es un principio que deberá vencer multitud de desafíos, pero que también abre las puertas del porvenir.

Esta crisis de cambio finisecular esconde otra esperanza: abandonar un siglo que, al lado de sus destellos luminosos en la creación artística y en la ciencia, fue particularmente cruel en los modos que el hombre inventó para exterminarse, para oprimir y negar sus mejores atributos. Se abandona una centuria de terribles guerras, tiranías y violencias, un siglo en que la imaginación y la voluntad humanas fueron utilizadas para imponer el poder y aplicar la distinción política amigo-enemigo, con el fin de destruir al "otro", al disidente. No es fácil llamar "civilizada" a una era en que los recursos de la ciencia y la técnica se utilizaron para la explotación, o para sostener so-

ciudades con tan abismales diferencias de riqueza y pobreza, o para producir banalidades que se hacen pasar como bienestar. Sé bien que exagero en esta formulación y que se reclamará el equilibrio del juicio recordando los avances en la lucha contra las enfermedades, o en el campo de las comunicaciones, o en la educación de las masas. Pero no me equivoco en lo fundamental.

Situación tanto más dramática en cuanto las ideas de libertad y democracia habían abierto un importante camino en la historia. Trágico porque los totalitarismos más crueles del siglo se montaron para aplastar a la libertad y a la democracia.

Naturalmente que los acelerados cambios de la historia confunden y fragmentan. Pero también renuevan ilusiones sobre las formas de civilización que ofrecerán soluciones a los rezagos, a las injusticias, a las opresiones acumuladas. Exploremos un poco de las manifestaciones contemporáneas de la crisis en el campo de la política y de la organización social, que ciertamente son centrales en el destino individual y colectivo de este tiempo.

Entre otras crisis del final del siglo vivimos la de algunas categorías políticas claves y tradicionales que, a pesar de la diversidad de culturas y sistemas, son de todos modos nuestro punto de referencia para el análisis, la reflexión y la acción política.

Hoy se discute fuertemente la idea de la soberanía de los Estados, y también probablemente la idea misma del Estado y de la nación. Existe también una crisis de la representación política y de los partidos, y probablemente hasta de la idea misma de democracia, en su práctica de los últimos tiempos.

Me gustaría señalar, como hipótesis principales de esta discusión, dos fenómenos que ellos mismos requerirían de un estudio más amplio. Uno es el desmoronamiento de los regímenes del "socialismo real"; el otro, el abandono de lo que llamaremos la "ética" de la acción social y política de los hombres y gobiernos. Veamos.

El desmembramiento de los países de la "cortina de hierro" significó por supuesto el fin de la "Guerra Fría" y el repudio de las teorías revolucionarias que confiaban en la transformación del orden social como condición para el cambio del hombre. El otro elemento de la crisis se refiere a la separación, o a la distinción tajante entre el proceder "técnico" del hombre y a su capacidad para decidir en función de valores y estimaciones. Por su amplitud, no

presentaremos aquí la historia de esta desvinculación, que inicia Maquiavelo cuando separa a la política de las “disciplinas morales”, procurando fundar un orden de la razón que simplemente se propone la mayor coherencia entre medios y fines (la eficacia “técnica”), sin discutir el valor y la pertinencia de esos medios y de esos fines. Maquiavelo desprende a la política de su matriz “ética” e inclusive teológica para atribuirle un orden autónomo, una específica legalidad. Las consecuencias de tal desgarramiento han sido enormes. Por ese camino, sin embargo, se garantizó la secularización de la sociedad civil y política; por el otro, se abrió las puertas a un proceder meramente “tecnocrático” en el terreno de la acción política.

He aquí algunos antecedentes. En la teoría monárquica el principio hereditario fue suficiente para fundar el poder del monarca por “derecho divino”. Pero cuando se rompe tal supuesto, el “contrato social” y el principio democrático consagran los derechos de cada hombre y de cada ciudadano en una nueva *civitas* secular, en una *polis* distinta al “estado natural”. Es decir, la fundación del Estado y del poder político sobre bases democráticas exige perentoriamente que su ejercicio tenga legitimidad, no sólo en el sentido del origen del poder (el sufragio) sino del contenido y sustancia de su uso: es decir, el poder ha de estar dirigido a realizar el “bien común”, a cumplir los propósitos morales de la “voluntad general”. Es interesante que el propio Juan-Jacobo Rousseau distinga entre la “voluntad de todos” y la “voluntad general”: la primera sólo tiene un alcance numérico, cuantitativo; la segunda, siendo mayoritaria, se refiere a los fines de justicia, libertad, realización plena de la sociedad y del hombre en sociedad, gracias al “pacto social”.

La crisis de los sistemas contemporáneos está relacionada con el abandono de la finalidad “ética” de la política y de la democracia, con la renuncia de sus fines sociales y humanos y con su reducción a decisiones y fines exclusivamente técnicos, en el mejor de los casos, desprendidos de una consideración sustantiva del mundo, cuando no corrompida por el mal uso y abuso del poder.

Es necesario hablar, igualmente, de la crisis de otro concepto capital de la teoría política moderna: la crisis de la idea de soberanía.

Al menos dos hechos políticos contemporáneos, a mi entender, han afectado sustancialmente la idea de la soberanía del Estado. El

primero de ellos resultó de la situación de “guerra fría” y de la pugna planetaria entre los bloques. Se trata de la doble idea de “la soberanía restringida” y del “derecho de injerencia”, formulada en su momento por las grandes potencias. Conforme a este enfoque la soberanía de cada Estado, y su capacidad de acción, se subordinaba a los intereses del bloque político-militar respectivo. El rumbo político de cada Estado (y por tanto de las sociedades), se definía por la “salvaguarda” y “seguridad” de los Estados socialistas o del mundo libre democrático, según fuera el caso. Esto significó, en ambos lados del tablero, una severa restricción a la soberanía de los Estados y una marcada distorsión de sus fundamentos conceptuales.

El otro mayor “asalto” contemporáneo a la idea de soberanía se debe a la “globalización” de la economía (capitalista), que ha alcanzado niveles desconocidos antes. En los términos de la economía moderna, el ámbito del Estado nacional no es hoy el marco más propicio para el completo desarrollo de su capacidad productiva. Los mercados nacionales “cerrados” serían como camisas de fuerza que frenan el crecimiento en una época caracterizada por la fusión del capital financiero. Es por ello que la irrefrenable tendencia actual es la formación de grupos económicos regionales o continentales, y hasta su eventual guerra económica o comercial.

Este fenómeno de “internacionalización” de la economía pone en entredicho la idea misma de la soberanía de los Estados, ya que en tales asociaciones regionales y continentales parecen modificarse y doblarse las notas esenciales de la soberanía.

¿Cómo se ha afectado, a través de estos hechos, el principio mismo de la soberanía? Recordemos que la noción de soberanía se desdoblado en dos dimensiones fundamentales: la primera, como atributo del Estado, se refiere a la autonomía de la acción externa del mismo Estado como unidad política, a su independencia, así como a su capacidad para crear y aplicar el derecho en el ámbito internacional e interno.

La segunda acepción histórica alude a la “soberanía del pueblo”, es decir, a la capacidad de la “voluntad general” para *decidir*, inclusive modificar el régimen de su gobierno (la Constitución). Cuando decimos “todo el poder radica en el pueblo” nos referimos a este significado político de la soberanía en que se funda, ni más ni menos, la democracia moderna, la “legitimidad” actual del poder político.

La *civitas dei* se hace *polis*, se seculariza y nace de la libertad de los individuos; la ciudad del hombre encuentra su título de origen en el "contrato social".

Por supuesto, ambas acepciones son complementarias, la cara de una misma moneda: sin la vigencia de la soberanía popular es imposible la independencia de los Estados. Ante impedimentos externos infranqueables la "voluntad popular" no se manifiesta, son imposibles las decisiones políticas libres. (Frente a un ejército de ocupación ¡obviamente no puede ejercerse la soberanía popular!).

Pero vayamos más al fondo. Debe decirse que el sometimiento del Estado a las normas del Derecho internacional e interno de ninguna manera significa límite o restricción a la soberanía de los Estados. Al contrario, *precisamente porque el Estado es soberano tiene la capacidad, y hasta la obligación, de sujetar su conducta a las normas del Derecho internacional y a la ley interna*. Los órganos del Estado modifican la ley, pero mientras está en vigor deben acatarla. Además, la soberanía ha de cumplir los principios éticos y los valores generalmente aceptados en una civilización. De otra manera viviríamos en la jungla, a merced de la ley del más fuerte, en el mundo de la arbitrariedad oficial y privada. Es decir, también la soberanía tiene obligaciones, también la voluntad mayoritaria tiene restricciones, también el poder está sometido a normas y no debe ser arbitrario. En política, ésta es precisamente la lucha entre capricho y normatividad, entre barbarie y civilización, entre vigencia de la ley y caos. Reiteramos: la crisis política a que alude la conferencia está ligada al olvido, al abandono de la idea de que la democracia y la legitimidad del poder del Estado se refieren al *contenido* o *sustancia* de las decisiones en el poder —la dimensión cualitativa del poder, su legitimidad, su aceptación y confiabilidad, su contenido eminentemente *ético*—, y no únicamente a la manipulación y al sufragio como número —aspecto cuantitativo del poder: la eficacia, el triunfo en la competencia, el ejercicio a toda costa de la autoridad.

En el último siglo, por otra parte, la idea del Estado recibió fuego cruzado de dos tendencias "internacionalistas", cada una con causas y finalidades distintas, pero originadas en el mismo tronco común. La tremenda expansión industrial y económica del capitalismo desbordó los espacios del Estado-nación. El capital, por definición, se mostró como un ente sin fronteras y se convirtió en el eje de la nueva

era de la expansión moderna. La otra gran “ofensiva” en contra de la idea del Estado, viene del “internacionalismo proletario”, que postulaba una estrategia internacional y una lucha global revolucionaria en contra del capital. No eran suficientes los espacios nacionales para asegurar el triunfo de la revolución; se hizo necesaria una batalla bajo la consigna “proletarios de todos los países del mundo, uníos”.

Por lo demás, la lucha por la independencia, la soberanía y la “liberación” de los Estados colonizados originó un capítulo fundamental de la historia de la segunda mitad del siglo xx.

Naturalmente, los países representantes de los países desarrollados sostienen todavía que ha perdido vigencia, por obsoleta, la idea de la soberanía del Estado, del Estado nacional y los sentimientos nacionalistas.

Al contrario de esta ideología, porque de eso se trata, en el campo inverso se libran las batallas en nombre del nacionalismo y de la necesidad de construir una organización política autónoma: en los países débiles, el Estado, aun incipiente, es condición del desarrollo, de la práctica de la democracia, de la dignidad de nuevas poblaciones que no desean vivir perpetuamente como colonizados, sometidos a otras voluntades e intereses. La ilusión de la autonomía y de una vida políticamente civilizada, reflejo de la historia occidental, cautivó sin duda la imaginación de los luchadores por la independencia de los nuevos Estados nacionales, por más débiles que sean éstos.

Sintetizando: en los días que corren la idea del Estado-nación sufre “asaltos” contradictorios desde diferentes ángulos. Primero, las fuerzas de la “globalización” de la economía rompen el cerco de los Estados y avanzan, a un grado impensable antes, hacia la integración económica y eventualmente política de las regiones. Este parece ser, sin duda, el rasgo primordial de la reorganización mundial después de la caída del “socialismo real” y del fin de la “Guerra Fría”. Es decir, la dimensión y el molde de los Estados tradicionales ya no parece compatible con la moderna evolución de las “fuerzas productivas”, de la técnica, de las comunicaciones y del ejercicio del poder al nivel internacional.

Otro factor que milita en contra de la permanencia de los Estados tradicionales radica en la “universalidad” de los medios de comuni-

cación de masas que difunden valores, modos de vida, estilos y creencias por encima de los límites nacionales y estatales. Sin duda, esta permanente difusión rompe también los horizontes de sensibilidad, de razonamiento científico, de conocimiento técnico y profesional, propios de los límites locales y regionales de la cultura.

Digamos, como contrapartida de la estandarización, que en muchos lugares se exaltan los valores locales y regionales, una suerte de vuelta a la comunidad y a los valores del grupo, a las tradiciones y sensibilidades cercanas, como si el instinto de conservación del hombre lo llevara a rescatar su yo profundo y su identidad genuina, alejándose de la despersonalización y el vacío que produce una civilización prolífica en objetos pero insatisfactoria y superficial. Esta vuelta a las tradiciones locales, a los valores comunitarios, a las aspiraciones del grupo y a la urgencia de resolver problemas inmediatos y específicos, encarna una de las realidades más interesantes de la vida cultural contemporánea y de la militancia política de hoy.

El hecho es que la "globalización" de la economía a que nos referimos, significando sobre todo la integración de los sectores de punta en lo tecnológico y financiero, no ha sido ajena a los actuales extremos de miseria y pobreza que definen la economía mundial, y a las bolsas de miseria —el tercer mundo dentro del primer mundo— que hacen crisis en el propio interior de las sociedades más prósperas. Ejemplo notable de lo anterior, fue el estallido social de Los Angeles durante el mes de abril pasado.

El desgajamiento de las nacionalidades anteriormente soviéticas es otro momento culminante de la crisis contemporánea del Estado. Naturalmente, siempre ha existido el elemento aglutinador del poder político central sobre las tendencias centrípetas desorganizadoras de la unidad política estatal. Pero en los regímenes autoritarios, como en la ex-Unión Soviética, la unidad que prevalecía fue impuesta prácticamente por la fuerza, de manera obligatoria; en la democracia, en cambio, se supone que deben recibir adecuada atención y comprensión las demandas locales y regionales, evitando disgregaciones y legitimando el poder.

Hay otras crisis notables en nuestro tiempo: la de los partidos políticos y la crisis de la idea de representación. La imposibilidad material de la democracia directa en las complejas sociedades contemporáneas originó unas de las categorías fundamentales del

pensamiento político moderno: la idea de la representación. En su historia, tal noción se mueve en dos niveles: uno conceptual y jurídico, el otro político en sentido estricto. En su primera acepción *representar* significa desde luego hacer presente lo ausente, hacer visible lo invisible, convirtiendo a la difusa ciudadanía participante en el proceso electoral en una unidad de voluntad compacta y formal, jurídica. Es decir, *la representación hace posible la unidad de la voluntad política y jurídica del Estado*. Sólo a través de la representación lo que es múltiple y diverso se hace uno, lo que es distinto y aun opuesto se concentra y reúne, se incorpora. El Estado, no los elementos variadísimos y dispersos de la sociedad civil, se expresa unificadamente a través de la representación, se manifiesta como un todo actuando (incluso formalmente) en la misma dirección.

En su significado político, la categoría de representación está muy vinculada a la historia de los partidos. En los tiempos modernos es sólo a través del sufragio que cobra vida la categoría política de representación; los electores, en las urnas, designan a sus representantes, siendo que la lucha electoral se da (hasta ahora) primordialmente como lucha de partidos y entre partidos políticos. Los líderes de los partidos son normalmente los representantes en la asambleas legislativas. La vida de los partidos es el punto o puente de mediación entre el ciudadano y el Estado. El papel de esta mediación y su significado está en proceso de revisión en nuestros días, en proceso de transformación acelerada. Acción de los partidos, función de los representantes, modos de la militancia y de la organización política y social: he aquí los principales términos de la crisis de cambio a que aludimos.

Por así decirlo, los partidos políticos han sido el "trámite" práctico de la democracia moderna, la posibilidad misma de que las mayorías se hagan propiamente mayorías y puedan manifestarse, la vía para que se conviertan en gobierno y procuren organizar el conjunto social de acuerdo a sus puntos de vista, a sus valores y proyectos. Naturalmente la militancia dentro de los partidos, y la acción de los partidos para convertirse en mayoría, ha cobrado en la historia diferentes formas de disciplina y obligación. En la historia de dos siglos los partidos han recorrido una gama amplia de formas de conducta, entre sus militantes y en relación con la sociedad. Partidos

de masas y partidos con una base territorial; partidos de agrupaciones asociadas y de militantes profesionales, siempre con un propósito: la lucha para convencer y hacerse mayoría, para lograr la representación democrática del conjunto, es decir, la capacidad de mando, la conquista del poder, el ejercicio de la legítima autoridad.

Permítaseme decir que en un sentido es posible fijar el paradigma de los partidos políticos en los partidos socialistas y comunistas de la primera mitad del siglo: estricta disciplina interna, riguroso programa elaborado según métodos y fines, visión global a largo plazo de la historia, de la política, de la sociedad, de la economía. Y, desde luego, un definido propósito de gobierno: la transformación de la sociedad, el cambio de hombre, la modificación del mundo. Por eso propongo la hipótesis de que, como causa adicional, no única, de la crisis actual de los partidos, tenemos el desmantelamiento de las militancias disciplinadas y ceñidas que fueron los partidos comunistas. Sus profecías fracasadas, sus métodos obsoletos y muchas veces execrables no sólo terminaron con un universo de ilusiones y esperanzas sino que, en cierta forma, desarreglaron el universo global de los partidos políticos en la sociedad moderna.

Por supuesto sería exagerado decir que el fracaso del "socialismo real" y de sus partidos burocráticos es la causa exclusiva de la crisis que viven hoy los partidos políticos del mundo. Pero el hecho es que la ruina de esos partidos todopoderosos y omniscientes, que prometieron la solución de los problemas de la vida y de la sociedad, trascendió sin duda en desilusión y escepticismo sobre la posibilidad de que la acción tradicional de los partidos y sus programas pudiera ofrecer soluciones generales para el bienestar de todos. Ahora es difícil creerlo. Al menos en la democracia occidental no parecen prosperar los partidos mesiánicos que, a través de programas totales, postulan la renovación o el renacimiento total de las sociedades. (Siempre que no sigan fortaleciéndose los partidos racistas y ultraderechistas de ciertos países, o de que en el mundo islámico, por otras razones, religiosas y de pobreza, sigan prosperando fuertemente los partidos milenaristas).

Repudio y escepticismo hacia los partidos políticos con programas de solución total. Sumando a otro motivo de ese desprestigio profundo: la corrupción que todos los días se denuncia en los medios de comunicación, el descrédito de los cuadros políticos

tradicionales de los partidos y de los gobiernos, y entonces la pérdida de confiabilidad y de legitimidad en el ejercicio de sus funciones. Las tradicionales "nomenclaturas" están *desprestigiadas*, para utilizar un vocablo que, en sentido peyorativo, se utiliza en muchos países.

Corrupción, desprestigio e ineficacia de la "clase política" tradicional: he aquí otra de las causas de la "desilusión de los sistemas" a que nos referimos. También resume el motivo de la crisis cierta en que se debate el sistema de la democracia representativa.

Hay entonces, en esta aceleración extraordinaria de la historia, un vuelco de la percepción de la política por parte de la sociedad, del ciudadano. La desconfianza hacia "los grandes discursos" y respecto a los programas mesiánicos. Pero también una mayor exigencia respecto al cuerpo de los representantes políticos, de los líderes de partidos, altos funcionarios, asambleístas. Hay pues un vuelco de varias dimensiones que marca a la sociedad política de este tiempo. En diferentes combinaciones, pero estos son los motivos de las crisis políticas en Venezuela, Brasil, Perú y algunos países europeos. Y, en la medida en que se desatendieron las necesidades sociales en los Estados Unidos, el vuelco político que ha arrojado de la presidencia a George Bush y otorgó el triunfo a Bill Clinton.

Hay, desde luego, varias maneras de explicar los fenómenos amplios de la "desilusión política"; tal vez más exacto decir de la desilusión democrática contemporánea. Una, la acreditada por Max Weber y Wilfredo Pareto desde el inicio del siglo, alude al dominio de la burocracia en prácticamente todos los aparatos de gobierno y de los partidos de la sociedad, habiéndose agudizado el fenómeno después de la Segunda Guerra Mundial. En la medida en que los aparatos se hacen más complejos, los cuerpos de la burocracia generan sus propios intereses autónomos y se alejan del cuerpo social, de los intereses de la comunidad. Siempre ha habido este fenómeno de separación y alejamiento de las burocracias (administrativas y políticas) respecto a sus imprescindibles bases de consenso democrático, pero ahora el repudio que suscitan se ve reforzado por los fenómenos adicionales de escándalo y corrupción, y por la capacidad publicitaria que, sobre tales delitos y anomalías, amplifican los medios de comunicación.

Las burocracias ostentan un "espíritu racional", pero sus cuerpos

son ajenos a los intereses reales de la sociedad; generan además intereses y objetivos propios casi siempre opuestos a las demandas sociales. Así más que como cuerpos “racionales” y “eficientes”, aparecen como impedimentos para la satisfacción de las necesidades individuales y de grupo. Por cierto, es interesante notar que, en el análisis de Max Weber, las burocracias (y el espíritu “racional” y “científico” de los tecnócratas) ocupan un papel subordinado y secundario al lado de la función eminentemente “valorativa”, y, por decirlo así, “visionaria de la historia” que corresponde al político. La “racionalidad” del técnico sirva para discutir los medios más aptos, pero el fin último es determinado por el político, cumpliéndose su “proyecto de nación” como ambición creativa y compromiso con determinados valores. Así, propiamente sólo la acción política es digna de legitimidad, en tanto persigue la realización de valores, mientras que la acción técnica apenas aspira a la eficacia. En un gobierno “tecnocrático” la inversión se trastoca y revierte: los técnicos toman las decisiones últimas y los “políticos” quedan subordinados. El problema es que en la “toma de decisiones” no se elimina jamás por completo la opción o apreciación de los valores. En la tecnocracia, los tecnócratas nos hacen creer que ellos actúan y deciden exclusivamente conforme a la “lógica de la realidad”; en realidad, se oculta así la realidad o se actúa abiertamente en función de una ideología precisa, casi siempre profundamente conservadora.

Corrupción, desprestigio de los representantes y líderes tradicionales, fracaso de los partidos que postulan programas globales. Pero, sobre todo, suplantación de la política fundada en valores, con sustancia “ética”: el bien común, el avance de la democracia, la redistribución de la riqueza, la libertad, el respeto a los derechos humanos, por un enfoque eminentemente “técnico”, es decir, por la política como medio y manipulación para conservar el poder (pragmatismo), dejando a un lado la política con fines sociales, humanos, históricos. Esta última se refiere al hombre de Estado, verdadera *ave rariss* de la política. Alguien dirá que la alusión a los “valores”, al “bien común” y a los fines generales de la sociedad es, por definición, vaga e imprecisa. Simplemente diré que la teoría política clásica, de Platón y Aristóteles a Hanna Arendt, pasando por Maquiavelo, Rousseau y Marx, tiene como sustrato necesario un contenido o sustancia “valorativa”, un vínculo con el tronco común

genérico de las “disciplinas morales”, y que la legitimidad del poder, también por definición, alude al contenido y dirección de su ejercicio (la cuestión “ética”), y no sólo a la eficacia de sus procedimientos. El desplazamiento de la noción “ética” de la política, y su reducción a un punto de vista puramente técnico y manipulador —su aislamiento de la vida—, está en el origen de la crisis que se vive hoy, en este proceso profundo de cambios y revisión.

Esta crisis se abre paso por caminos que apenas se adivinan. Las “desilusiones” y rechazos se canalizan por vertientes distintas, muchas veces también de manera creativa: ante los programas generales de los partidos, un proceso de reivindicaciones concretas, locales y regionales; ante las formas clásicas de la militancia y la organización, movilizaciones participativas e intentos de democracia directa; ante el desprestigio y la pérdida de legitimidad de las “nomenclaturas” nuevos representantes vigilados cercanamente; frente a la política como manipulación y pura acción operativa, el esfuerzo por otorgarle un contenido “ético” y “sustantivo” a las acciones colectivas.

Decíamos que en el marco europeo existen presiones y corrientes que postulan la desaparición de todo nacionalismo, de la idea misma de nación y de todo sentimiento nacionalista, abogando por una comunidad sin fronteras ni rasgos nacionales. La pugna por la integración europea “supranacional”, que es hoy no solamente la fuerza de ese continente sino su futuro, supone el gradual desvanecimiento de las diferencias nacionales. Pero no se piense que las corrientes son nítidas y los campos de la polémica perfectamente delineados. En el corazón de la Europa Comunitaria aparecen también hoy afirmaciones del espíritu nacional, y el avance integracionista se complica.

La idea de nación continúa viva. Piénsese en las recientes decisiones de Dinamarca por la vía del *referéndum*, y las dificultades que en este entorno han vivido Irlanda, Francia y otros países, ahora Gran Bretaña.

Piénsese igualmente que el nuevo poderío alemán, resultado de la reunificación, comienza a desalentar a sectores de diversos países acerca de las bondades de la integración comunitaria. En Europa se pensó en una comunidad entre países relativamente iguales o semejantes por sus recursos y poder, pero no en una Europa con una

gran potencia destacando y desequilibrando al conjunto continental. Ya surge el rechazo a una Europa desbalanceada, en nombre de la legitimidad de los "intereses nacionales"; esa discusión está creciendo y probará una vez más que el concepto de Estado-nación soberano está lejos de haber muerto; y que su utilización, más bien relativa, es la consecuencia política de determinadas circunstancias y no una categoría científica, de aplicación general. Su carga política depende de quién la utilice, de para qué sirve y de qué finalidad persigue.

Con el descrédito de las "nomenclaturas" y liderazgos, y de la desconfianza hacia los programas generales de los partidos, las sociedades parecen hoy fijar la atención más bien en problemas muy específicos, y por tanto a generar nuevas, imaginativas e inesperadas formas de organización y militancia política. Ecología, pobreza, derechos de la mujer, derechos humanos, por la igualdad racial, aborto, desempleo, arreglos territoriales, cuestiones educativas específicas. En realidad, podría esperarse en los próximos años la multiplicación de movimientos y presiones políticas acerca de estos temas, por grupos que no actúan en nombre de los partidos, cubriendo el abanico de las preocupaciones reales.

El hecho es que, al margen y por debajo de la acción tradicional de los partidos, se teje una red de acciones y movilizaciones sociales de nuevo signo que apenas toman forma, que se desarrollarán en los próximos años. La "novedad" de la militancia concentrada en lo concreto y específico expresa realmente originales formas de organización y acción hasta hace poco inéditas; hoy se desarrollan aceleradamente en diversas partes y mañana constituirán el "modo" de la militancia y de la organización política del futuro.

Vuelta también, en el torrente de los cambios, a los valores culturales comunitarios: tal es otra de las modificaciones que han de registrarse en la actualidad. Como si la condición humana se defendiera de la estandarización (de la esterilización) imperante y buscara la salud, la necesidad de reinventarse como "pluridimensional", como ser de muchas dimensiones. La aldea global tiende a convertirse también en aldea local. Este es otro de los signos del tiempo: la dualidad de las dimensiones, la diferencia de tiempos en cada vida humana, en cada comunidad. Por un lado la comunicación planetaria, la "globalidad" de la economía y su interdependencia, la

universalidad de la técnica y la semejanza, a veces escalofriante, de los modos de estilo y vida. Frente a esta tabla rasa de las diferencias que impone la "lógica" del desarrollo, aparece la urgencia de recobrar peculiaridades y afirmar diferencias, de hacer efectiva la pluralidad de la sociedad contemporánea, la riqueza incalculable de la condición humana. Este es otro de los desdoblamientos que vivimos en nuestros días, uno más de los desgarramientos que nos martirizan y no salvan.

La mención de esta vida múltiple, considera igualmente la ola de las migraciones que ya se viven, y que se intensificarán en los próximos años y lustros en los diferentes continentes. Migraciones de la pobreza a la riqueza, del desempleo a las expectativas de trabajo, de las dictaduras hacia las democracias, del trabajo sin recursos a las tareas científicas y profesionales que se practican con medios abundantes. En suma, migraciones del sur al norte en todos los continentes y del este al oeste en la región europea. Desequilibrios económicos, formación de *ghettos* en las grandes ciudades, confrontación de grupos y razas, aparición de nuevas xenofobias y organizaciones y partidos que hablan ya de purezas raciales y exterminio. Fortaleciendo entonces de los partidos de derecha y amenazante acoso sobre las democracias; y, desde luego, formación de originales etnias y culturas en los puntos de contacto más intenso de las corrientes migratorias, eventualmente robustas y tremendamente originales (por ejemplo, a lo largo de la faja fronteriza entre México y Estados Unidos).

En la segunda parte de este artículo nos referiremos específicamente al caso mexicano.